

# Esa mirada de certidumbre

Luis Aguilar contra la poesía sin experiencia en

## QUÉ BELLOS LOS OJOS DE ESTE IDIOTA

ANATOMÍA DE LA CRÍTICA

Sin título  
Colores sobre papel  
21 x 14.5 cm / 2020

PATRICIO S. ALEJANDRO

*El único género escrito que no necesita de nada más, es la poesía*

Rodolfo Usigli

**H**acer arte quebrantando la fe no es nada nuevo, pero hacer arte, sin fe en el mismo arte, es lo de hoy. “El arte no ha pasado hasta ahora de ser una simple intención que a veces se realiza”, planteaba Usigli en su *Epílogo sobre la hipocresía del mexicano* (1938: s.n.).

En el amplio territorio literario, es el poeta Luis Aguilar, en *Qué bellos los ojos de este idiota* (Vaso Roto, 2022) quien a partir de una reflexión que reclama el ahogo de la poesía, hace arte.

En esta entrega, con una temática distinta a la usual, el autor pone en relieve una serie de cuestiones que ya han despertado una poética en otros autores mexicanos. Y es que existe una labor principal de la poesía: la revelación. Un quehacer, que, sin duda, se realiza a través del lenguaje y que requiere un nivel de sensibilidad, de experiencia. A partir del cuestionamiento de la misma literatura, y del arte en general, Luis Aguilar expone la superficialidad de quienes se expresan sin la mínima necesidad de hacer; de quienes fabrican *yo(s)*, sin serlo.

El mismo Usigli señaló que en México impera, por un lado, la hipocresía, y por otro, el creerse siempre personalmente aludidos, aun cuando no haya alusión alguna. Así que, si usted no es de esos que escribe persiguiendo una ventaja o una ganancia y hasta recitan la ecuación cuadrática de memoria, siéntase en libertad de abordar este breve ensayo, y más aún el libro al que refiere.

En este poemario, dividido en cuatro apartados, un *yo* ácido e ingenioso, tal como el poeta, expresa que la voz, artificiosa o no, siempre tendrá un pedazo del ser, ser, que necesariamente se impregna a partir de confluencias entre el que escribe, el *yo* poético, y la experiencia, logrando una extraña simbiosis que resultará en el objeto artístico.

En el primer apartado *Cuidado con el perro*, expone todo sobre la construcción falsa del *yo* para complacer. ¿Quién no se ha cuestionado la falta de verdad –no solo en la poesía– sino en toda la escritura que se crea hoy en día? Basta con ver la homogeneidad de los títulos, los premiados y las temáticas para percatarnos de la realidad: el miedo a no ser nada nos hace otros que no fuimos en un principio. Y es que, en este momento de lucha de espacios, han gentrificado hasta la literatura para responder al clamor de unos cuantos que, por supuesto, se reconocen entre ellos.

La poesía sin experiencia es una falta a la verdad y “solo la verdad puede fascinar”, dice Usigli (1938: s. p.)

La obra continua con *Ejercicio en tercera persona*, una serie de poemas que, con el *yo*, juegan para construir poemas con tonos distintos que, sutilmente, siguen la primicia del primer *yo*.

*Porque este náufrago / de océanos ni mareas entiende*, plantea Aguilar. He de confesar que yo no sé navegar y podría hablarles de un él que sabe de botes, nudos especiales de altamar, pero, aunque crea que la tercera persona me salva, siento la soga al cuello.

La poesía sin experiencia es una falta a la verdad y “solo la verdad puede fascinar”, dice Usigli (1938: s. p.). Lo que principalmente construye el comportamiento humano son las vivencias sociales y las relaciones humanas que marcan nuestro comportamiento en una serie de intercambios. Para Simmel estos intercambios que nos construyen: “el intercambio es la acción recíproca más pura y más elevada de las que componen la vida humana [...] intercambio es toda conversación, todo amor, todo juego y toda mirada mutua” (Simmel, 2002, 114).

Entonces, imaginemos que suprimimos la experiencia a cambio de un premio, una beca o un proyecto, en donde ‘libro’=  $[-b \pm \sqrt{(b^2 - 4ac)}] / 2a$ . Vemos el panorama actual: *entonces no servirá decir / que no fuiste ese*, escribe el poeta, porque la culpa no solo recae en quien escribe, sino que los –abro comillas– buenos lectores –cierro comillas–, alias jurados, presentan incapacidades específicas para hacer una buena lectura, pues ya lo había advertido: la falta de concentración, por una parte, y por otra, la falta de verdad en la vida, obstaculiza la poesía, el arte, *pero / ni eso justifica ocultamientos*.

Posteriormente, aparece *Protocolo de aneurismas*, donde encontramos una poética más característica del autor, retomando ese reclamo al *yo* que se esconde, ese *yo* que prefiere morir ante el miedo, a un sentimiento que no se siente como lo contaron y que, a pesar del paso del tiempo, no se ha ido.

Después de todo, las cosas se dicen, se escriben y se comienzan a repetir exponencialmente, a tal grado que cuando son dichas realmente, lo dicho no tendrá importancia: *Sabremos, sí, / qué cosa no beber de nuevo / [por demasiado que arda]*, porque lo ficticio, aquella tercera persona que se da a luz para dar a una mentira que no busca el arte ni la verdad sino lo otro, es una contradicción fatal de la poesía y, por ende, del poeta, del arte.

Sobre este libro se podría hacer un análisis completo con el enfoque dramático de la interacción simbólica de Goffman. Qué tanto se ha convertido el panorama literario en un escenario social donde se moldean fachadas para cumplir las expectativas ajenas: “una mentira individual que pretende volverse colectiva para hacerse verdadera”, diría Usigli (1938: s. p.).

La verdad es que crear sin el *yo* nos lleva un arte vacío, a proyectos que responden a la novedad, y como dice Aguilar, *los poetas teóricos piensan un poco, / solo un poco, que en poesía / no sirve la experiencia*. Hay veces que lo real no es suficiente y lo necesario se vuelve imprescindible para la construcción de la verdad, pero que un él preestablecido atienda al discurso mientras que el *yo* se esconde, es rayar en lo vulgar.

Por último, encontramos *Fe de erratas*, un apartado único y breve que, como síntesis reconoce que los lugares comunes varían en

**La verdad es que crear sin el yo nos lleva un arte vacío, a proyectos que responden a la novedad.**

cada oficio, y que, al menos en el panorama nacional, uno no puede ser poeta de tiempo completo. Por lo tanto, el juego del lenguaje comienza a variar y a presentarse como novedades que no lo son. Es ahí donde radica la necesidad de, si bien no saber todo, familiarizarnos a la existencia del otro, pues como manifiesta Aguilar *eso / es el conocimiento: / condena del yo / a no escapar de lo aprendido*

en donde la novedad se presenta como un lienzo en blanco y que *no sirve ya cuando se sabe todo*, pues la ignorancia es un salvavidas cuando un *yo* puede construir todo de la nada.

Usigli dice que “la capacidad mexicana de gesticulación es infinita” y, por ende, el mexicano todavía no puede ser actor en el teatro, pues “cuando se es actor de modo permanente, todos sus gestos se dirigen fuera de su profesión” (1938: s.p.). Algo similar encontramos en *Qué bellos los ojos de este idiota*, pues levanta cuestionamientos sobre el *yo* poético actual, ese *yo* que debe ser perpetuo, no una herramienta efímera, además, indaga sobre las aptitudes de algunos poetas contemporáneos, incapaces de ser poetas, de hacer poesía, pues en esta infinita necesidad de hacer poesía a partir de todo lo que le es ajeno, todo lo que se le dicta, hace que sea imposible voltear a la experiencia, ésta se ha ido, y la esperanza, no ayuda más.

## REFERENCIAS

- Aguilar, L. (2022). *Qué bellos los ojos de este idiota*. Ciudad de México: Vaso Roto.
- Simmel, G. (2002). *Cuestiones Fundamentales de Sociología*. Barcelona: Gedisa.
- Usigli, R. (1938). *Epílogo sobre la hipocresía del mexicano*. Disponible en <https://www.cervantesvirtual.com/obra/epilogo-sobre-la-hipocresia-del-mexicano/>